



letras

don samuel a. lillo y su "literatura chilena"

Hace algún tiempo, al llegar a la librería Nascimento, encontré a don Samuel Lillo conversando con don Carlos Jorge. El editor, que, como todos sabemos, es un hombre cordial y efusivo, se apresuró a presentarme:

—Don Samuel, ¿no conoce usted a Salvador Reyes? Es uno de nuestros escritores... etc., etc. Pídale los datos para su historia...

Don Samuel me miró de reojo y dijo:

—Si, algo he leído; pero estos jóvenes no quieren saber nada con nosotros, los viejos. Sin embargo, nosotros les hemos abierto el camino; nosotros nos hemos llevado los palos y ahora ellos disfrutan.

Yo, que como buen tiburón me di cuenta a tiempo de que aquellas aguas estaban viciadas, hice unos cuantos gestos vagos y me marché, sin dar datos, ni nada.

Ahora, hojeando (¡porque cualquiera se la lee íntegra!) la "Literatura Chilena", de don Samuel, pienso que si este buen caballero se ha llevado palos en otra época para abrirnos el camino a nosotros, esos palos no han sido nada comparados con los que se va a llevar —y se está llevando ya— por la publicación de su incongruente tomo de 592 páginas, lleno de errores y de absurdos. Además ha pensado que, don Samuel, convencido de que nosotros estamos disfrutando locamente en el ambiente de cultura creado por los viejos, ha querido amargarnos este disfrute disparándonos por la cabeza el fardo de papel donde ha impreso sus divertidas apreciaciones sobre los actuales valores literarios chilenos.

Ya Hernán Díaz Arrieta, en un bien sereno y documentado artículo en "La Nación" del Domingo 20 de este mes, redujo a polvo la obra de don Samuel y demostró claramente la nociva influencia que se desprenderá de ella para el conocimiento exacto de nuestras letras en los colegios y en el extranjero. En la revista "Índice" (número de abril), también se dedica un artículo a combatir al improvisado historiador. Seguramente a éstas han de seguir muchas otras críticas adversas, puesto que el libro de don Samuel colma ya la medida de nuestra tolerancia.

Se ha hablado repetidas veces de la bondad humana de este caballero y, efectivamente, es un hombre tranquilo, excelente persona en su hogar y en el círculo de sus amistades. Su bonhomía sale a luz en su figura plácida y en su rostro amable al cual ni la barba logra imprimir carácter austero. Se ha hablado también de su labor como secretario eterno del Ateneo, pero los elogios que en algunas ocasiones se le han tributado por este último aspecto, han sido únicamente elogios de una mal entendida diplomacia. En efecto, hace ya muchos años que todo escritor de valer del país se ha apartado del Ateneo y que esa tribuna no se ocupa sino con mediocridades o fantoches gritones, dispuestos a atrapar renombre a toda costa.

El Ateneo y don Samuel han llegado a identificarse: ambos son cosas pasadas de moda, limitadas con un criterio rutinario y mezquino. La "Literatura Chilena" que, según reza su carátula es "obra aprobada por la Facultad de Filosofía y Humanidades y adoptada para la enseñanza en los establecimientos de Educación Secundaria", viene a confirmar lo que decimos.

Es imposible en un artículo señalar la cantidad de errores y de juicios torpes y vacuos que

don Samuel cuenta en su obra. Anotaremos de una manera sumaria sus características principales.

Desde luego, este buen señor no define a ningún escritor, situando las características de su obra de manera que el que lea logre formarse juicio. A los poetas, cuando los elogia, los llama "delicados", a algunos novelistas los señala como "vigorosos", de otros dice que son autores de "bellos cuentos". Nunca encontramos la apreciación firme y personal; sólo la frase de cajón, el adjetivo que anda por ahí en labios de cualquier patán.

Tampoco don Samuel relaciona las tendencias ni sigue el camino de las evoluciones; no contempla la correspondencia que puede haber entre la obra de una generación con el medio ambiente, ni con las características raciales. Nada de eso. Suelta juicios a diestra y siniestra, agrupando a unos y a otros en informe montón: Ruperto Tapia Caballero y Vicente Huidobro, Samuel Fernández Montalva y Tomás Lago, Berta Lastarria Cavero y Juan Guzmán Cruchaga...

¿Para qué distinguir, no es verdad don Samuel? ¡Echemos no más al lote!...

Yo no pretendo amorrar el mérito de nadie, don Samuel, pero ¡hágame el favor! hay una pequeña diferencia entre González Vera y el señor Enrique O. Barbosa!... Además, comprendo que Ramón Ricardo Bravo es una excelente persona y un hombre que trabaja con gran tesón, pero no hablemos de los "delicados poemas líricos" de Ramón Ricardo, después de calificar los versos de Pedro Prado de "defectuosos y prosaicos"...

Al hacer esto, don Samuel, se hace usted acreedor a una frase que yo no me atrevo a escribir por no ser irrespetuoso. Al fin y al cabo usted es un anciano sesudo y yo no soy sino uno de esos jovencuelos que usted desprecia...

Veamos ahora cómo son los juicios de nuestro historiador y crítico. Pongámonos en el caso de un alumno o de un extranjero que quiere formarse un juicio de la obra de D'Halmar. Abramos la "Literatura" de don Samuel en la página 545 y leamos: "Augusto D'Halmar, Valparaíso. No terminó sus estudios de humanidades..." Y detengámonos aquí a considerar que don Samuel le da una importancia capital a los estudios de humanidades en la labor de un escritor, importancia desmentida por el hecho de que el mismo don Samuel terminó sus humanidades, es abogado y profesor y... ha escrito esta "Literatura Chilena" que es como una piedra que se hubiera amarrado al cuello para echarse a nadar.

No define en absoluto la actitud literaria de D'Halmar, no interpreta sus libros. Dice que fué cónsul, que vive en Madrid, que escribe correspondencias para los diarios y... que no terminó sus humanidades.

Y así de todos.

Luego, lo más curioso es anotar la cantidad de personas completamente desconocidas en nuestras letras y que, gracias a don Samuel, entran de golpe y porrazo en ellas. Hallamos, por ejemplo, nombres como Francisco A. Machuca, Roberto Espinosa, Alberto Lara E., Delie Rouge, Ana Neves, Rosamel del Solar, Oreste Serrato, etc. Algunos de estos autores han escrito libros técnicos o didácticos que, por ningún motivo, les dan patente de literatos.

En cambio, en este cúmulo de nombres donde "no son todos los que están", faltan escritores de

